

La familia

La familia juega un papel fundamental e insustituible en el cuidado y promoción de la salud, en la prevención y alivio del sufrimiento: es el santuario de la vida, donde ésta es amada, cuidada y protegida.

Cuando la enfermedad mental se presenta, casi siempre genera un desequilibrio en el núcleo familiar. Esta crisis es vivida de manera diferente y depende de muchos factores: situación socioeconómica, tipo de problema, grado de cultura y educación, lugar que ocupa quien sufre en la familia, creencias y posturas religiosas, etc.

Cuando se habla de enfermedad mental, no sólo el enfermo está implicado, sino que todos sus allegados (familiares y amigos), conllevan el sufrimiento: es una historia personal que se entrelaza con la historia familiar.

La Organización Mundial de la Salud, afirma que la familia juega un papel clave al ocuparse de sus enfermos mentales, ya que puede tener un impacto positivo o negativo, si no se les acoge a través del apoyo, la comprensión y la motivación.

Por esta razón, es importante ayudar a la familia a comprender la enfermedad, a alentar su colaboración en la recuperación, a reconocer el primer síntoma de una recaída para que no se prolonguen las crisis, a hacer todo lo posible para alcanzar una pronta recuperación y reducir las secuelas negativas.

Desafortunadamente, a pesar de que hoy en día se comprende más esta problemática, se condena algunas veces al enfermo y a sus familiares al aislamiento social. Este aislamiento se basa en la culpa, en el miedo a que resulten imprevisibles o peligrosos, en la vergüenza ocasionada por la anormalidad, en el ocultamiento de la enfermedad. Evitando que se enteren los demás, la familia termina por sentir la carga de un peso insoportable, el peso de un enfermo difícil de manejar; debido a esta falta de comunión con la sociedad y a la sensación de imaginarse diferentes, inevitablemente van separándose de la comunidad y terminan cerrados en un círculo por demás pequeño.

Compete a la comunidad cristiana rescatar al enfermo y a su familia del cerco de dolor privado, así como ayudarlo a recuperar su lugar en la comunidad y contar con una posibilidad de vida y no sólo de supervivencia, a través de acciones concretas, de una presencia eficaz que exprese acercamiento y redescubra el valor del trabajo de conjunto al servicio de los demás.

Todo esto contribuye a la transformación de la imagen del enfermo mental, a intentar el cambio en la cultura dominante y a solicitar de las instituciones de salud la búsqueda de respuestas que garanticen a cada uno el derecho a la salud.

Acciones de acogida:

- Cuidados y atenciones primarias: limpieza, alimentación, atención médica, medicinas, terapias, hospitalización, etc.
- Cariño para saberse querido, apoyo y protección para sentirse seguro, compañía para no verse abandonado, comprensión y paciencia para no considerarse una carga.
- Ayuda para afrontar el problema con realismo y asumirlo con paz.
- Apoyo y ánimo para seguir luchando, fortaleza y valor en los momentos críticos.
- Ayuda en la fe, compartiendo con él la Palabra de Dios, orando por él y con él, facilitándole la presencia del sacerdote y de los miembros de la comunidad cristiana.

SECCIÓN DIOCESANA DE PASTORAL DE LA SALUD
ARQUIDIÓCESIS DE GUADALAJARA
“SUFRIMIENTO MENTAL Y COMUNIDAD CRISTIANA” (2009)

La familia será, pues, un medio natural y eficaz de humanización y evangelización, de cara a una sociedad que corre el peligro de ser cada vez más deshumanizada y alejada de Dios. Pequeña Iglesia doméstica, la familia acoge, alivia y conforta al enfermo en el nombre del Señor.